

PQ6538

.M43N6



PQ 6538

.M43 N6

Copy 1

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA  
CALLE DE SEVILLA, NÚM. 14, PRINCIPAL.

---

# NO POR MUCHO MADRUGAR...

PROVERBIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. RICARDO DE MEDINA Y SOLOGUREN

---

Segunda edicion.

---

MADRID

IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO

Calle de Capellanes, núm. 5, principal

1872



NO POR MUCHO MADRUGAR...

THE UNIVERSITY OF CHICAGO



# NO POR MUCHO MADRUGAR...

PROVERBIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. RICARDO DE MEDINA Y SOLOGUREN

II

ESTRENADO CON APLAUSO

EN EL TEATRO ESPAÑOL EL 8 DE DICIEMBRE DE 1872.

---

SEGUNDA EDICION.

---

MADRID.

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO

Capellanes, 5, principal.

PQ 6538  
M43 N6

PERSONAJES.

ACTORES.

MARGARITA. . . . . Sra. D.<sup>a</sup> Cándida Dardalla.  
GUSTAVO. . . . . Sr. D. Antonio Zamora.

---

La accion, del dia, en Madrid.

---

Esta obra es propiedad de su autor, sin cuyo permiso nadie podrá reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar y en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lirica de D. Eduardo Hidalgo, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

199181

1913





---

---

## ACTO ÚNICO.

Gabinete lujosamente decorado.—Puerta al fondo.—Á un lado, en primer término, un tocador de señora. En segundo, un balcon.—Al otro, un armario de luna.—En el centro, un velador con libros, papeles, bastidor de bordar. etc., etc.

### ESCENA PRIMERA.

MARGARITA. (En la puerta, como hablando con un criado.)

Entiendes? Le harás entrar al momento. No es preciso que pases recado. Á él solo espero... Que éntre aquí mismo.

(Baja al proscenio.)

Despues de un año de ausencia vuelve, por fin, más rendido que nunca, si he de juzgar por la carta que me ha escrito.

(Desdobla una que tiene en la mano, y lee la postdata.)

«Llegaré á Madrid el cuatro al anochecer, ó el cinco por la mañana.» Supongo (Se guarda la carta.) que ya debe haber venido.

Á las ocho llega el tren, (Mira el reloj.)

y son las nueve... De fijo  
no tardará en presentarse. (Se sienta.)  
Veremos si ha resistido  
al influjo poderoso  
de la ausencia, su cariño.  
Pues aunque él dice que soy  
de su corazón el ídolo,  
su encanto, su bien, su dicha,  
y otras cosas, desconfío...  
Todo esto aunque no se sienta  
cuesta muy poco decirlo.  
Por experiencia lo sé.  
No hay un hombre, viejo ó niño,  
alto, bajo, malo ó bueno,  
que en cuestiones de amoríos  
diga nunca la verdad.  
El más franco, el más sencillo,  
exagera lo que siente;  
todos tienen ese vicio.  
Y sin embargo, no hay uno  
que no se juzgue un bendito,  
y al hablar de las mujeres  
no diga algún desatino.  
¡Infelices de nosotras!  
Nos censuran sin motivo;  
nos culpan, nos tiranizan...  
¡Y todo nuestro delito  
es: ser un tanto coquetas,  
curiosas, de genio frívolo,  
algo amigas de que ellos  
nos regalen el oído,  
un poco amantes del fausto

y del lujo, y un poquito  
 vanidosas; nada más!  
 Ellos, en cambio, ¡Dios mio!  
 tienen todos los defectos  
 y resabios conocidos.  
 Pero, en fin, nos hacen falta  
 y tenemos que sufrirlos.  
 Yo, tambien, aunque soy viuda  
 y de nadie necesito  
 para vivir, reconozco  
 que se hace un papel ridículo  
 á cierta edad, no teniendo  
 el apoyo de un marido.  
 Fuerza, pues, será casarse  
 otra vez. (Con cierta amargura.)

(Breve pausa.)

Cárlos es rico,  
 tiene buenas cualidades,  
 es jóven, honrado, fino...  
 Y pues ya va á hacer tres años  
 que pretende con ahinco  
 ser mi esposo, justo es  
 que yo le otorgue ese título,  
 en premio de su constancia,  
 haciéndole el sacrificio  
 de mi libertad... Veamos  
 qué tal estoy. (Se acerca al tocador y se mira al espejo.)

Este rizo  
 no me acaba de gustar...

(Suena dentro una campanilla.)

Lllaman... ¡Él es! Pronto vino.

(Se arregla apr esu edamente el cabello y se vuelve mirando á la puerta.)

## ESCENA II.

## MARGARITA Y GUSTAVO.

- GUST. (Desde la puerta.) Estoy á los piés de usted.
- MARG. (¡Ah! no es él.)
- GUST. (¡Encantadora...  
incomparable!) (Ella intenta hablar y él la interrumpe.)  
Señora,  
hágame usted la merced  
de no abandonar por mí  
su ocupacion. Yo prefiero  
la franqueza... (Avanzando.)
- MARG. Caballero,  
¿cómo ha entrado usted aquí?
- GUST. Llamé á la puerta, un criado  
abrió y me dijo: «Señor,  
pase usted al tocador...»  
Ya sabe usted cómo he entrado.
- MARG. Sin duda le han confundido  
á usted con otra...
- GUST. ¿Con quién?
- MARG. Con otra persona...
- GUST. Bien.
- MARG. Que debió ya haber venido  
y que no puede tardar.
- GUST. ¿Estorbo?
- MARG. No tanto; pero...  
(¿Quién será este majadero?)
- GUST. (Haciendo ademán de retirarse.)  
Dios me libre de estorbar.

- MARG. Sin embargo, si usted quiere decir cuál es el motivo...
- GUST. Confesar á usted que vivo muy triste, que mi alma muere, que mi corazon se abrasa...
- MARG. ¿Y para tal confesion entra usted en mi habitacion como Pedro por su casa? Vamos, nadie lo diria.
- GUST. Por tal frase no me arredro. Señora, yo no soy Pedro; pero la casa sí es mia.
- MARG. ¡Ah! ¿Usted es el dueño?
- GUST. Sí.  
Tengo á usted por inquilina principal, y por vecina tambien.
- MARG. ¿Vive usted aquí?
- GUST. Debajo de usted, señora. Tengo ese dulce consuelo.
- MARG. ¿Cómo?
- GUST. En el piso entresuelo. Usted, sin duda lo ignora.
- MARG. Como sólo me he entendido con el administrador... Pero hágame usted el favor...  
(Invitándole á tomar asiento.)
- GUST. Si á importunar he venido...
- MARG. Nó, de ninguna manera.
- GUST. Si molesto, francamente dígame usted lo que siente; porque hacer lo que usted quiera

es lo único que yo quiero.

MARG. Gracias. Nadie pensaría hallar tan buena armonía entre inquilino y casero.

GUST. Temo que no dure mucho.

MARG. La igualdad de parecer?

GUST. Sí.

MARG. Por qué?

GUST. Va usted á saber por qué motivo.

MARG. Ya escucho.

(Qué será?)

GUST. Señora, yo tengo fama de hombre raro; sin duda porque soy claro, pues por otra cosa, nó. Mas verá usted qué infundada es la opinion de la gente. Me llamo Gustavo Alpuente, y he nacido en la Cañada. Pero en esto, ó yo estoy ciego ó en rigor nada hay que asombre; porque ni es raro mi nombre ni es rareza ser manchego.

MARG. Ciertamente.

GUST. Ya he cumplido treinta y tres años de edad. Tampoco es raro.

MARG. Es verdad.

GUST. Soy rico; tengo invertido, parte en fincas de valor, parte en papel del Estado,

el capital que he heredado.  
Esto es raro?

- MARG. No, señor.  
GUST. Lo es mi traje, por ventura?  
Lo es mi porte?  
MARG. No lo veo.  
GUST. Lo soy yo?  
MARG. Tampoco.  
GUST. Creo

que no asusta mi figura,  
aunque no es de las mejores;  
y, francamente, mi cara  
no me parece muy rara;  
otras se han visto peores.

- MARG. Sin duda; pero usted olvida...  
GUST. Quiero probar que no soy  
raro...

MARG. Bien; de eso ya estoy  
plenamente convencida.

- GUST. Entonces explicaré  
de mi visita el objeto.  
Voy á ser breve y concreto;  
pero no me dirá usted  
que soy raro?...

MARG. Nó.

- GUST. Corriente.  
Hace ya tiempo que, aislado,  
soltero, triste y cansado,  
vivo á todo indiferente;  
porque esto de no tener  
familia, padre ni madre  
ni una suegra que nos ladre,



ni es gozar ni es padecer.  
Al llegar á cierta edad,  
para un hombre algo sensible,  
el celibato es horrible,  
odiosa la soledad.

No tiene ya quien le quiera  
con espontánea ternura;  
ni consuelo en su amargura,  
ni alegría duradera,  
ni placeres, ni ilusion,  
ni esperanza venturosa,  
ni una mano cariñosa  
que le recosa un boton.

Entra en su casa, y no ve  
un rostro que le sonria;  
huye de ella, y pasa el dia  
murmurando en el café.

Llega la noche, recurre  
al sueño, dormir anhela,  
y no duerme, y se desvela,  
y se revuelve, y se aburre.

Si alguna pena horrorosa  
le acosa, debe aguantarla,  
y no puede desahogarla  
pegándola con su esposa.

Si con fiebre ó tabardillo  
trinando en la cama cae,  
ni siquiera le distrae  
la rabieta de un chiquillo.

No encuentra goce ni calma;  
todo le sale al revés;  
come mal, gasta por tres...



En fin, le rompen el alma;  
y aunque con gloria sucumba.  
despues de vida tan perra,  
no deja un sér en la tierra  
que llore sobre su tumba.

MARG. Bien, pero á qué viene ahora  
discurrir sobre ese punto?  
Entremos en el asunto...

GUST. Al asunto voy, señora.  
En atencion á lo expuesto,  
al cabo he determinado  
abandonar el estado  
que han dado en llamar honesto.  
Y tal determinacion  
me ha obligado á hacer á ustedé  
esta visita.

MARG. Por qué...?

GUST. Ya estamos en la cuestion.  
Para vivir, cual hoy vivo,  
soltero y con un sirviente,  
cualquier casa es suficiente,  
puesto que á nadie recibo  
ni fuí nunca vanidoso;  
pero al tratar de casarme,  
juzgo preciso mudarme  
á un cuarto más espacioso.  
A mí el que más me conviene  
es éste, por su salon  
y buena distribucion...  
Si usted á un cambio se aviene,  
y no le parece mal  
que satisfaga mi anhelo,

baja usted al entresuelo  
y yo subo al principal.

MARG. Qué dice usted? Es posible...?  
¡Dejar esta habitación!  
Tan extraña pretension  
me hace un efecto terrible..

GUST. Extraña?

MARG. Mucho.

GUST. Por qué?

En qué estriba su reparo...?

MARG. ¡Y dice usted que no es raro!

GUST. También me lo llama usted?

MARG. Sí, señor. Esto no es justo.

GUST. Cómo?

MARG. Ni á nadie le pasa.

¡Querer quitarme una casa  
en donde estoy tan á gusto...!

Una casa con cochera,  
dos jardines, fuentes, gas,  
buenas vistas por detrás  
y magnífica escalera;

con un sol de Mediodia  
capaz de asar á un cristiano;  
que es tan templada en verano,  
y en el invierno tan fria...!

GUST. Si le es á usted tan sensible,  
áun puede arreglarse todo.

MARG. Usted dirá de qué modo.

GUST. Sólo hay un medio posible;  
si usted por el medio pasa...

MARG. Cuál es? A pasar me obligo.

GUST. Que se case usted conmigo,

y todo se queda en casa.

MARG. Se burla usted?

GUST. No, señora.

He dicho mi pensamiento ;  
lo que dicta el sentimiento  
de un corazon que la adora.

MARG. Tan repentina pasion,  
cuyo origen no concibo,  
me demuestra que es muy vivo  
de genio su corazon.

GUST. No ha nacido de repente  
el amor que me domina;  
pues, aunque usted imagina  
quizá que mi labio miente,  
ántes de que usted viniera  
tan pobre recinto á honrar  
era mi pecho el altar  
de su imágen hechicera.  
Y ya en esta situacion,  
juzgue usted cuánta seria  
mi sorpresa, al verla un día  
asomada á ese balcon.  
Desde aquel dichoso instante,  
sin que usted lo haya advertido,  
de sus encantos he sido  
admirador incesante.  
He estado siempre detrás  
del cristal de mi ventana,  
por tarde, noche y mañana,  
sin retirarme jamás,  
suspiros al aire dando;  
y más de una vez, señora ,

los albores de la aurora  
 me han sorprendido, esperando  
 que el sol se dejara ver;  
 pero si usted no salia  
 al balcon, me parecia  
 que nunca iba á amanecer.

MARG. Me deja usted admirada!

GUST. Y tan preocupado estoy,  
 que ya ni mi sombra soy  
 ni con acierto hago nada.  
 No puedo estar ni un segundo  
 tranquilo, sin ver á usted;  
 hablo solo, y si ando á pié  
 tropiezo con todo el mundo.  
 Paso dias tan fatales  
 que en ellos nada comprendo...  
 Ayer, empecé perdiendo  
 un billete de mil reales.  
 Entré en la peluquería,  
 y dos espejos rompí.  
 Al tiro de gallos fuí,  
 y, sin saber lo que hacia,  
 tiré al dueño del local  
 en vez de tirar al gallo...  
 Y acabé... entrando á caballo  
 en el café Universal.

MARG. ¡Qué horror!

GUST. Esta situacion  
 apura mi sufrimiento.  
 Ya en vano luchar intento,  
 ya desmaya el corazon,  
 ya se agota la paciencia...

En fin, mujer adorable,  
yo amo á usted. Si soy culpable, (Se arrodilla.)  
aquí aguardo mi sentencia.

MARG. Alce usted!

GUST. (Levantándose.) ¿Podré esperar?...

MARG. Es que yo...

GUST. ¿Será usted esquivia?

¿No premiará compasiva  
mi amor?

MARG. Voy á contestar,  
aunque sólo por seguir  
la broma.

GUST. ¿Cómo la broma?

¿Pues usted por quién me toma?  
Yo no acostumbro á fingir.

MARG. Entónces contestaré  
formalmente.

GUST. Así lo espero.

Hable usted, pues.

MARG. Caballero...

GUST. Señora?...

MARG. Ha llegado usted  
tarde.

GUST. ¡Qué fatalidad!

¡Destino cruel é injusto!...

Mas no me coge de susto,  
si he de decir la verdad.

Y esto no es hacer alarde  
con usted de indiferente,  
porque en mí es cosa corriente  
llegar á todo muy tarde.

MARG. ¡Cómo ha de ser!

GUST. ¡Ya lo veo!

MARG. Ya sabe usted que en la vida  
no sale todo á medida  
del capricho ó del deseo.

GUST. ¡Llegar tarde! ¡Oh, suerte ruda!  
¡Hado funesto y cruel!

MARG. Por algo dicen que aquel  
que madruga Dios le ayuda.

GUST. ¿Mas nada puedo esperar?  
¿No es usted viuda?

MARG. Lo soy,  
pero hace tiempo que estoy  
comprometida, y pensar  
no debo sino en el hombre  
que pronto será mi esposo.

GUST. ¡Mortal mil veces dichoso!  
¿Se puede saber su nombre?

MARG. Por qué no? Cárlos Barrasa,  
propietario en Barcelona;  
muy buen sugeto, persona  
muy conocida...

GUST. En su casa.

MARG. Qué? ¿No le conoce usted?

GUST. No, señora.

MARG. Es muy extraño.

GUST. ¿Está en Madrid?

MARG. Hace un año  
que á Puerto Rico se fué.

GUST. ¿Ha tenido que pasar  
el charco?

MARG. Sí.

GUST. ¡Pobrecito!

MARG. Pero ya, según me ha escrito,  
llega...

GUST. ¿Cuándo va á llegar?

MARG. En el tren de Andalucía,  
hoy, ó mañana temprano.

GUST. (¡Y no habrá un republicano  
que descomponga la vía!)

MARG. ¿Qué dice usted?

GUST. Nada, nada.

MARG. Quizá no tarde una hora.

GUST. En ese caso, señora,  
debo dar por terminada  
mi visita.

MARG. No es razon...

Yo privarme sentiria  
de su grata compañía  
y amena conversacion.

GUST. Para no ser importuno  
retirarme es lo prudente.  
Mas si no hay inconveniente...

MARG. Inconveniente? Ninguno.  
Y en este mismo momento  
se lo voy á demostrar.  
Vuélvase usted á sentar.

GUST. Está muy bien; ya me siento.

MARG. Verá usted con que franqueza  
le trato... Voy á ponerme  
al tocador, y á prenderme  
un adorno de cabeza.  
Por si viene mi futuro  
nada más; no crea usted  
que es presuncion.



GUST. Ya se ve.

MARG. Aunque no sé de seguro  
si esta noche llegará.  
Terminaré en un instante.  
Usted lea, fume, cante...  
Á mí no me estorbará...  
En fin, haga lo que quiera  
con toda satisfacción.  
Yo sigo en mi ocupacion  
como si usted no estuviera.

GUST. Gracias. (Pausa.)

MARG. Lee usted? (Sin volver la cabeza.)

GUST. No, señora.

MARG. ¡Ay! que insufrible criatura!

GUST. Quién, yo?

MARG. Usted? Nó. Qué locura!

Hablo de mi peinadora.  
¡Jesús! no puedo con ella...  
Hará que me desespere;  
es tan torpe!...

GUST. (Levantándose.) Si usted quiere  
que le sirva de doncella...

MARG. Muchas gracias.

GUST. (Volviendo á sentarse.) No hay de qué.

(Pausa.—Gustavo se levanta de nuevo y se acerca con sigilo y timidez al tocador.)

MARG. Diga usted, señor...

GUST. Gustavo

Alpuente.

MARG. Ah!

GUST. Qué?...

MARG. No acabo



de decidirme... no sé  
qué color será el mejor  
para mi pelo. Quisiera  
que usted...

GUST.                   En tal cabellera  
sienta bien cualquier color.

MARG. No tanto. No me domina  
el amor propio... Al fin, ya  
voy siendo vieja.

GUST.                   Usted? Quiá!

MARG. Vamos, á que no adivina  
mi edad...

GUST.                   Si tiene usted una  
amiga de confianza,  
lo averiguo sin tardanza.

MARG. De veras?

GUST.                   Sin duda alguna.

MARG. Y no habrá error?

GUST.                   Imposible.

MARG. Pues cómo?...

GUST.                   Para saber  
la edad de toda mujer,  
tengo un método infalible  
que es hijo de la experiencia.  
Entre la edad que ella diga  
y la que le eche su amiga,  
se parte la diferencia.

MARG. Hola! Muy bien. Considero  
que no es cálculo dudoso.  
Es usted muy ingenioso.

GUST. Ingenioso, nó; ingeniero.

MARG. Buena carrera; me place.

(Breve pausa.—Margarita continúa su tocado.)

Diga usted, señor... Alpuente,  
¿hace bien sobre la frente  
este rizo?

GUST. Muy bien hace.

MARG. Si á usted le gusta, lo dejo.  
Y esta flor?

GUST. Lo mismo digo.

MARG. Dispéñseme usted, amigo,  
que le tome por espejo.

GUST. Por tenerla á usted delante  
diez minutos cada día,  
con gusto espejo sería.

MARG. Mil gracias. (Es muy galante.)

(Suena un reloj dentro.)

Las diez ya! Será posible?...

Pero, en fin, ya concluí.

Estoy bien? (Poniéndosele delante.)

GUST. Nó: para mí  
está usted...

MARG. Cómo?

GUST. Insufrible.

MARG. Por qué?

GUST. Porque así tortura,  
sin querer, mi corazón;  
que el hacer ostentación  
de su espléndida hermosura  
ante el hombre que la adora  
sin esperanza, es cinismo,  
es crueldad... es lo mismo  
que tener hora tras hora  
á un cesante, haciendo cruces,

sin dejar que el hambre mate,  
pegado al escaparate  
de una tienda de andaluces.

(Suena dentro una campanilla.)

MARG. Ahí está ya. (Se mira al espejo.)

GUST. (Malo!)

MARG. (Asomándose al foro.) Diego!  
que pase al salon...

GUST. (¿Qué haré?)

MARG. Gustavo, dispense usted;  
pero....

GUST. No hay de qué.

MARG. Hasta luego.

(Vase precipitadamente.)

### ESCENA III.

GUSTAVO.

Qué mujer! Hará un mes hoy  
que la ví por vez primera,  
y ya enamorado estoy  
cual nunca estarlo creyera.  
¿Y con paciencia he de ver  
que ese señor... de Barrasa  
se case con tal mujer?  
Pues nó señor; no se casa.  
Él podrá tener razon  
por ser el primero; pero  
en juegos del corazon  
no siempre gana el primero.  
Dice un refran muy gastado  
que suele sacar mendrugo

el pobre que es porfiado ;  
 y ya que al cielo le plugo  
 darme teson y osadía ,  
 á la lucha me prevengo :  
 ó me salgo con la mia  
 ó pierdo el nombre que tengo.  
 Del éxito ya respondo.  
 Sólo me falta una cosa ;  
 que es conocer más á fondo  
 á la que ha de ser mi esposa.  
 Mas cómo saber...? Perplejo  
 me tiene tan árduo tema.  
 ¿Será el semblante el espejo  
 del alma? Hé aquí el problema.  
 Problema dificultoso,  
 porque ¿quién puede leer  
 en el fondo misterioso  
 del alma de una mujer?  
 Pero qué digo...? A qué dudo ,  
 estando aquí? El tocador  
 de una dama nunca es mudo  
 para un hombre observador.  
 A mi voz responderá...  
 Cada prenda, cada objeto,  
 cada detalle, me hará  
 partícipe de un secreto.  
 El medio de que me valgo  
 no es leal, pero en razon  
 necesito saber algo.  
 Comience la exploracion.

(Empieza á tomar y dejar los objetos que indica el monólogo, haciendo lo que en éste se marca.)

Qué hay aquí...? Esencia de rosa.  
Dos adornos de cabeza...  
y uno azul!... Pues si es celosa  
debe querer. Bien empieza.  
Un ramo! Jazmines dobles,  
azucenas, pensamientos,  
violetas... Lema de nobles  
y leales sentimientos.  
Sigamos tomando notas.  
Aquí un extracto... Y aquí?  
Calle! Aceite de bellotas!  
Odia á los calvos. Por mí...  
Y en este otro lado? A ver...?  
Ni una almohadilla, ni un rizo...  
Rara excepcion! Qué mujer!  
No tiene nada postizo!  
Pasemos al velader.  
Un álbum, un bastidor...  
Borda? Bien, es hacendosa;  
circunstancia que hace honor  
y conviene á toda esposa.  
Libros... *La buena casada*.  
Un diario... De qué partido?  
*La Época*. Mucho me agrada.  
Sólo quiero ser marido  
de una mujer moderada.  
Dos cartas... Alto! No llevo  
tan allá mi indiscrecion.  
Quisiera... Mas si me atrevo  
á mirar lo que no debo  
faltará á la educacion.  
Jamás! Aunque, bien mirado,

puesto que abiertas están  
no es tan grande mi pecado.  
Voy á leerlas... confiado  
en que ustedes callarán.  
Veamos... «Querida Rita:  
tengo una horrible jaqueca,  
y no puedo ir á tu cita  
en casa de las de Checa.  
Tuya, siempre, Margarita. »  
Tiene letra inteligible,  
que ya es bastante tener;  
no tuerce, y escribe horrible  
con h... cosa increíble,  
tratándose de mujer.  
A ver ésta? Aunque es igual  
en cuanto á la redaccion  
y parte gramatical,  
está rota, y al final  
tiene un enorme borron.  
Hé aquí lo que de esto infiero:  
Ésta fué escrita primero;  
en vez de la salvadera  
volcó sobre ella el tintero;  
rompióla, mas de manera  
que, aunque con ira fué rota,  
alrededor del papel  
no se vertió ni una gota  
de la tinta echada en él.  
Todo lo cual, qué denota?  
La buena letra, pasion  
por lo claro y lo bien hecho;  
la ortografía, instruccion;

y el no torcer ni un renglon,  
aficion á lo derecho.

Echar tinta, en vez de arena,  
en la carta, es prueba plena  
de que tiene genio vivo.

Romperla por tal motivo,  
aunque lo noto con pena  
es de carácter violento;  
pero hacerlo sin manchar,  
demuestra que en el momento  
sabe siempre dominar  
su más rudo sentimiento.

Y, en fin, despues del borron,  
domar la mano irascible,  
y escribir con perfeccion,  
es un indicio infalible  
de santa resignacion.

Al cabo hallé mi ideal.

Una mujer instruida,  
fiel, hacendosa, sufrida,  
elegante, natural,

y algo que ahora se me olvida;

y algo de que estoy seguro,

y algo más que me figuro,

y un poquito que adivino,

y otro poco que aventuro,

y mucho que me imagino:

y lo que no he de saber  
hasta que estemos casados...

En fin, no más suponer:

me conviene esta mujer

por todos cuatro costados.



## ESCENA IV.

## GUSTAVO Y MARGARITA.

(Entra ella demostrando contrariedad y se sienta sin mirar á Gustavo que la observa en silencio.)

GUST. ¡De vuelta ya! Sentiré  
que por mí...

MARG. NÓ; se ha marchado.

GUST. Se ha marchado?

MARG. Sí, señor.

GUST. Pues corto ha sido el diálogo.

MARG. Cuando hay poco que decirse...

GUST. ¡Cómo poco!... Es muy extraño.  
Despues de tan larga ausencia  
debió haber sido más largo.

MARG. Aunque no hubiera venido...

GUST. ¿Qué escucho, se han enfriado  
las relaciones?

MARG. No tal;  
lo mismo que siempre estamos.  
Entre él y yo, nunca estuvo  
el termómetro muy alto.  
Pero amigo, en esta vida  
suele una llevarse chascos  
tan grandes!

GUST. ¿Pues qué ha ocurrido?  
(Por lo visto ha habido cambio.)

MARG. Figúrese usted que yo  
salí de aquí deseando  
ver á... ese amigo, como era  
natural. Con breve paso



atravieso el corredor,  
 llevo á la sala, levanto  
 el portier, sale á mi encuentro,  
 le tiendo ansiosa la mano,  
 me acerco, le miro, dudo,  
 cierro los ojos, los abro  
 de nuevo, vuelvo á mirarle,  
 y... ¡oh terrible desengaño!  
 ¡era verdad!

GUST. Pero, qué?...

¿Qué era verdad?

MARG. Que está calvo!

GUST. Calvo? ¡Infeliz!

MARG. Calvo, sí.

¿Quién habia de esperarlo?

¡Él, que tenia un cabello  
 que era un verdadero encanto!...

Pero, en fin, eso seria  
 lo de ménos. Bien mirado  
 casi es de buen tono.

GUST. Sí?

(Mañana me afeito el cráneo.)

MARG. Lo inesperado, lo absurdo,  
 lo irresistible del caso,  
 con lo cual yo no transijo,  
 es que quiere que en casándonos  
 vayamos á establecernos  
 allá...

GUST. Á dónde?

MARG. Al otro barrio.

GUST. ¿Cómo al otro barrio?

MARG. A América.

GUST. No es país muy adecuado  
para la luna de miel;  
mas si él juzga lo contrario...

MARG. ¿Pues qué, le parece á usted  
que la exigencia es un grano  
de anís? ¡Ahí es nada!... ¡Yo  
renegar del suelo patrio!  
¡Abandonar yo á Madrid!  
¿Y para qué? ¡Cielo santo!  
Para ir á acabar mis dias  
á un país de guachinangos  
donde es uso en la mujer  
fumar ó mascar tabaco,  
y le llaman á una «niña»  
áun cuando tenga cien años?...  
No; jamás... Confiese usted  
que eso ya es demasiado.  
Pues bonito porvenir  
me esperaba!

GUST. Sin embargo...

MARG. Todo lo veria negro.

GUST. Eso, sí. Pero si Cárlos  
insiste en su pretension,  
y usted le ama...

MARG. Ya no le amo.

GUST. ¿No?

MARG. No, señor.

GUST. (Pues no hay duda  
que su amor era arraigado.)  
Bueno; es decir...

MARG. Es decir  
que ya, amigo, no me caso.

GUST. Con él ?

MARG. Claro es que con él.  
¿Pues de quién estoy hablando?

GUST. Ni se muda usted ?

MARG. Tampoco.

GUST. Entónces...

MARG. Qué?...

GUST. Seamos francos.

Usted me conviene á mí,  
y yo á usted. Ya no háy obstáculo...  
Conque ¿quiere usted que vaya  
en busca del escribano?

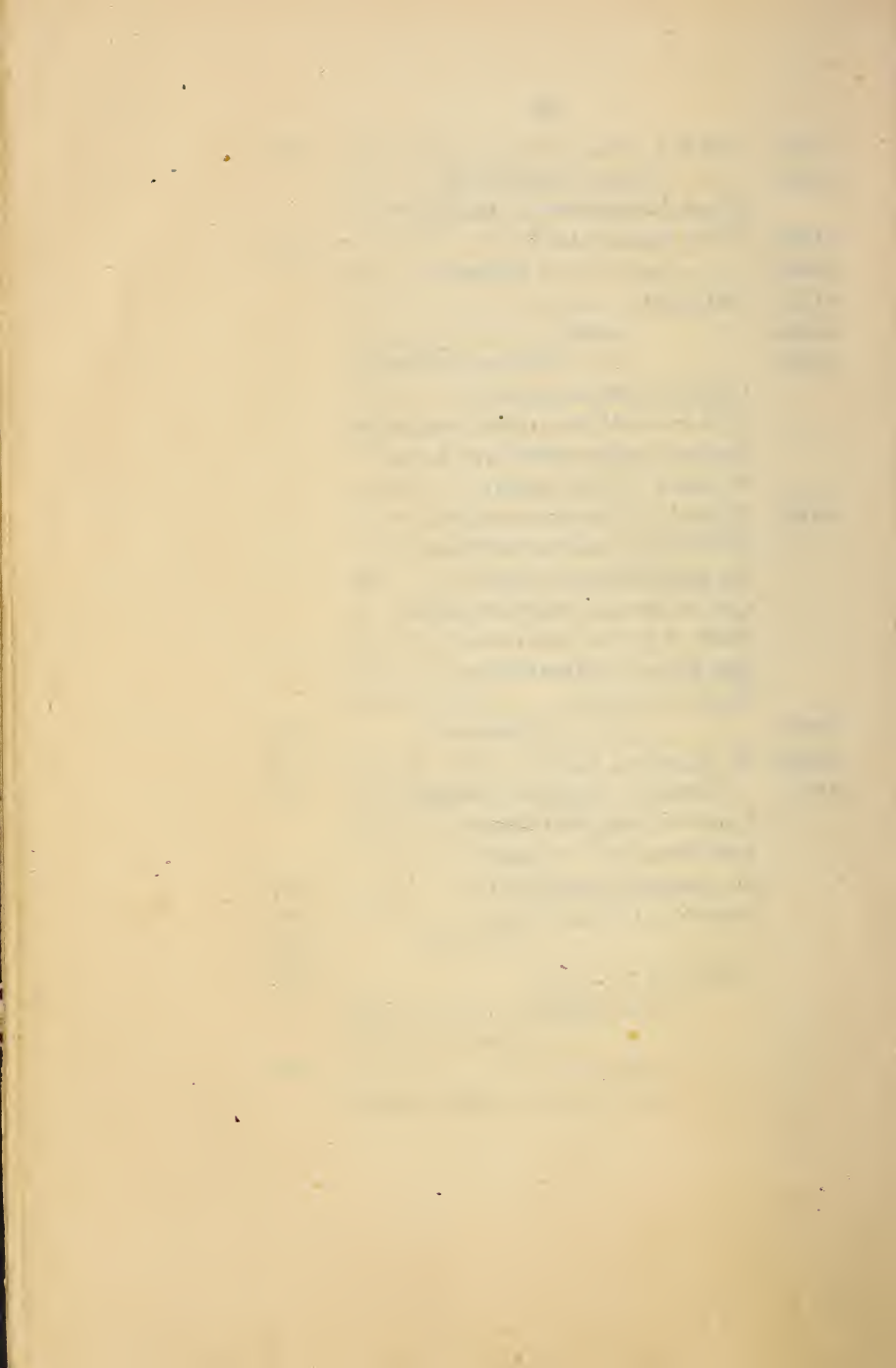
MARG. ¡Cómo! Así tan de repente...  
Sin tiempo para pensarlo...  
No puedo negar á usted  
que me ha sido muy simpático  
desde el punto en que le ví.  
Mas ántes de dar un paso...  
En fin, veremos...

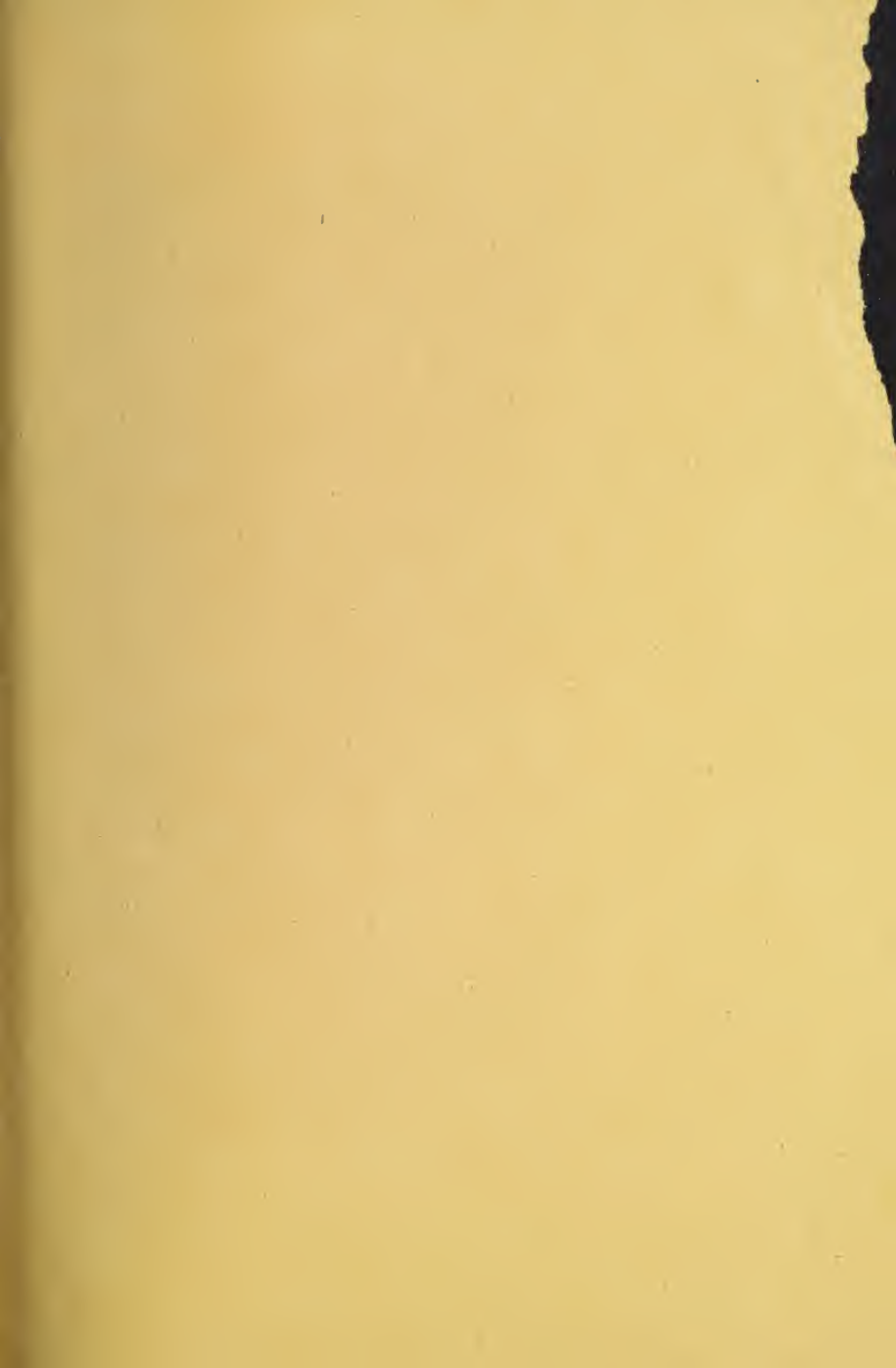
GUST. Veremos?

MARG. Sí. (Tendiéndole la mano.)

GUST. Gracias. (Mio es el campo.)  
Tarde al principio llegué...  
pero bien dice el adagio :  
NO POR MUCHO MADRUGAR  
AMANECE MÁS TEMPRANO.

FIN.





LIBRARY OF CONGRESS



0 022 011 648 7 ●



LIBRARY OF CONGRESS



0 022 011 648 7